Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.
DIRECTOR,—PROSPERO CALDERON.

REDACTORES,

CARLOS GAGINI.—JOAQUIN PABLO VÉLEZ.—RAMON M. QUESADA.—VIDAL QUIROS.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M^a).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Brenes C. (don Alberto).—Becche (don Octavio Barriere (don Manuel).—Céspedes (don Benjamin de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Camilo S.).—Echeverría (don Aquileo).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Guzmán (Dr. David J.).—Imendia (don Carlos.).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M^a).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas).—Pacheco (don Otoniel).—Ramírez (don Áquilino).—Ribera (don Ruben).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schroeder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Viquez (don Faustino).—Veléz R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).

<p>Precio de Suscripción.</p> <p>En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado. En el extranjero „ 1-50. „ Números sueltos, \$ 0-25.</p>	<p>2^a EPOCA. NUM. 2.</p> <p>San José, 20 de Julio de 1890.</p>	<p>Redacción y Admón.</p> <p>En la Oficina de "La Prensa Libre."</p> <p>SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.</p>
---	---	---

SUMARIO.

"COSTA RICA ILUSTRADA," por Joaquín Pablo Vélez.—EL 14 DE JULIO, por C. G.—RETORNO, por N. Caro de Aragón.—UNA IMPRESIÓN, por Leonidas Pacheco.—POST UMBRA, por Juan de Dios Peza.—FIESTA DE LA CARIDAD, por F. Serrano.—¡COMO NO,! por J. F. F.—LA MUERTE DE LA EMPERATRIS DE LA CHINA, por Ruben Darío.—ACUÉRDATE DE MÍ!, por Doroteo J. Guerrero.—RISAS Y LLANTO, por Sirio.—ECOS DE LA MODA, por Joaquina Balmaceda.—NOTAS.—ANUNCIOS.

COSTA RICA ILUSTRADA. ⁽¹⁾

La suerte, caprichosa é injusta casi siempre, ha decidido que sea yo, el inepto de los redactores, quien escriba el primer editorial de *Costa Rica Ilustrada*, publicación que interrumpida hace ya algún tiempo se reanuda hoy merced á la infatigable laboriosidad de su editor propietario, mi excelente amigo don Próspero Calderón.

Poco ó nada tengo que decir sobre las tendencias de esta hoja literaria, una vez que mi eminente amigo el señor Ferraz ha expuesto con la maestría de su habilísima pluma, en el primer número de la primera época, el fin que ella se propone y las esperanzas que abraza para llevarlo á cima. Sin embargo, algunas ligeras consideraciones me ocurren y debo exponerlas en obsequio de la tarea que ahora me impongo.

Ningún observador imparcial, nadie que juzgue las cosas tal como son, con sano criterio y sin las pasiones consiguientes á espí-

(1)—Este editorial debió aparecer en el número anterior, pero circunstancias especiales lo impidieron.

ritus febriles, podrá negar que el movimiento literario en Costa Rica ha sido lento y monótono. Las hojas periódicas que han aparecido así como los trabajos literarios que han visto la luz pública han sido, con raras excepciones, efímeros y sin trascendencia alguna. Los ingenios costarricenses de suyo vigorosos y ricos han vegetado tristemente en las estériles luchas de la política militante, extenuando, por decirlo así, la fecundante savia que los alimenta. El cultivo de las bellas letras, por una apatía inexplicable, ha sido descuidado, de tal suerte que si alguien se dejase influir por las apariencias, aseguraría que aquí se vive en un estado de compresión intelectual. Y este descuido es tanto más censurable cuanto que si analizamos la situación hallamos intelectos bien nutridos y exquisitamente preparados, y una pléyade lucidísima de jóvenes de ideas levantadas y generosas, que sólo necesita del estímulo para formar gallardamente en la vanguardia de los zapadores de la naciente literatura costarricense. Matar esta apatía, fomentar ese estímulo, levantar el decaído espíritu literario, despertar las inteligencias es la misión que trae *Costa Rica Ilustrada*. Convencidos su Editor y Redactores de que la literatura identifica los sentimientos y unifica las ideas de distintas nacionalidades; que su influjo es poderoso para extirpar mezquinas pasiones y dar ensanche al pensamiento, acometemos la labor y confiamos en que todos, sin distinción de colores políticos, acepten con benevolencia esta nuestra humilde publicación y cooperen á su desarrollo. No exigimos para engalanar sus columnas obras

de atildamiento nimio y escrupulosa elegancia; nos satisfarán trabajos que aunque no reúnan estas condiciones demuestren que en Costa Rica hay sentimiento, gusto refinado y anhelo de enriquecer la literatura patria.

En lo material este país ha hecho casi prodigios en un tiempo relativamente corto; falta ahora que en lo intelectual los haga superiores.

El arte, venga de donde viniere, no es considerado extranjero, porque el arte es la realización de todo lo bello, de todo lo grande, de todo lo sublime; y en esta forma es amado y concebido por todos los hombres. La época actual es de unión, y por lo tanto lo que tienda á preparar el terreno para que ésta se realice pausada y normalmente, es útil y justo, patriótico y laudable. Apartarse del espíritu del tiempo en que se vive es síntoma de demencia; y hoy las inteligencias se buscan para estar en comunión y consorcio á fin de constituir una sola esencia que dé nutrimento al universal progreso.

La idea es una, aunque sus manifestaciones son diversas según la atmósfera en que se mueva; ella se sobrepone á intereses bastardos é impulsa poderosamente la civilización de las naciones.

Alejandro ha pasado á la historia no por el alarde que hiciera de su fuerza bruta domando á Bucéfalo, sino por haber fundido en una sola las civilizaciones griega y asiática, para extenderla luego en Oriente, de donde brotó más tarde el espíritu cristiano.

El pensamiento es perdurable; es el hilo de oro que ata las generaciones que se suceden; el factor eficaz que limita la atmósfera

utilitaria que nos rodea y ensancha la órbita de nuestras legítimas aspiraciones.

Costa Rica Ilustrada es ahora una hoja literaria de modestas dimensiones y escasa importancia; sin embargo puede servir para dar amigable cita á la literatura y arte costarricenses, hacer conocer aquí los escritores de otros países y apoyar ingenios que con savia virgen y propia, con alas para explorar horizontes nuevos, vegetan tristemente en la oscuridad por timidez ó por falta de estímulo. Puede servir también de base para una publicación de mayor aliento, si el favor del público corresponde á nuestros deseos.

Pedimos la colaboración de todos los que escriben en la hermosa lengua de Castilla, y en especial la de la briosa juventud hispano-americana. Todos aquéllos que, como dice Bastiat, "amen el estudio, necesiten de creencias, tengan ánimo exento de preocupaciones inveteradas, corazón libre de odios, espíritu de propaganda, simpatías ardientes, desinterés, consagración, buena fe y entusiasmo por todo lo que es bello, sencillo, grande y honrado," encontrarán en esta nuestra hoja atmósfera para ensayar su canto!

JOAQUÍN PABLO VÉLEZ.

El 14 de Julio.

HA Y dos fechas memorables que debieran escribirse con caracteres de oro en la historia de todos los pueblos; 1454 y 1789. Ambas marcan el *principio del fin* de las dos mayores plagas que afligen á la humanidad: en 1454 la ignorancia fué herida de muerte por la aparición del primer libro impreso; en 1789 el despotismo recibió el golpe de gracia con la toma de la Bastilla. El primero de estos acontecimientos fué la revolución pacífica, la aurora que paso á paso disipa las tinieblas de una larga y soporosa noche; el segundo fué la primer llamarada del incendio que redujo á cenizas los tronos seculares, la más terrible, pero también la más fecunda de las tempestades humanas.

La invención de la imprenta convirtió al hombre abrutado en hombre consciente; la Revolución Francesa transformó al esclavo en ciudadano. Imposible de todo punto sería dar la preeminencia á cualquiera de estos grandes hechos históricos, á causa del estrecho parentesco que entre sí guardan. No son, en verdad, sucesos aislados. La Revolución Francesa fué preparada y realizada en gran parte por el libro: 1454 engendró á 1789.

*
**

Hoy es el 14 de Julio. Hasta la so-

ledad de mi cuarto llegan los ecos de lejána música que enciende el entusiasmo en todos los corazones; es la *Marsellesa*, el himno divino que concibió Rouget de Lisle en un raptó de éxtasis celestial, esa cascada de notas sublimes que semejan gritos amenazadores arrojados á la faz de los tiranos, canto épico entonado por la libertad naciente en són de reto para los monarcas coligados para aniquilarla; es la *Marsellesa*, á cuyos mágicos acordes el ejército francés electrizado cargaba sobre el enemigo, llevando la victoria en las puntas de sus bayonetas y con la victoria, el triunfo de las ideas republicanas; es la *Marsellesa*, el himno del pueblo francés, el himno de todos los pueblos oprimidos. Hoy es el 14 de Julio. Hace poco más de un siglo que en un día como éste el pueblo parisiense se apoderó de la fortaleza en que el absolutismo hundía para siempre á sus víctimas: de la Bastilla, la prisión legendaria de Latude y la Máscara de Hierro.

Cuentan que al saberlo dijo Luis XVI: "Es una rebelión," y que el duque de la Rochefoucauld le contestó: "No, sire, es una revolución."

El duque estaba en lo justo. La toma de la Bastilla no era únicamente enérgica protesta de una ciudad contra los desmanes de la monarquía, era el primer albor de una regeneración social que iba á cambiar por completo el aspecto del mundo.

La Revolución Francesa, en efecto, ha redimido á la humanidad. Por eso el 14 de Julio es la fiesta nacional de todos los pueblos libres.

C. G.

14 de Julio de 1890.

RETORNO.

Tranquilo y satisfecho caminaba en busca de reposo el forzado albañil de gruesas manos y quemado rostro. Ancho calzón de dril; y la chaqueta, lleva colgada al hombro cual si fuera, (perdónenme el vocablo) un *necesario* estorbo. Unos zapatos que amarillos fueron y que á fuerza de lodo están erizos y tostados, tanto, que pesan como plomo. Y sobre este uniforme del trabajo de los piés á los ojos, gruesas costras ostenta de argamasa así... casi orgulloso. Camina satisfecho pues lleva en su bolsillo, todo el jornal que ganara en la semana sin perder un día solo: y goza porque lleva á su familia pan de un trabajo honroso, que jamás le amargó el remordimiento

ni le produjo insomnio. Llega al umbral de su casita humilde y escucha el alboroto de su hijo alegre que á su vista salta y juega sobre el polvo. Detiéndose un momento y le contempla lanzando un suspiro hondo, le toma entre sus brazos y se escuchan los besos más ruidosos.

.....
Ay! Cuántas veces cuando á casa llego medio distraído y hosco, y encuentro á mi Jorgillo hecho unas páscuas con su charlar de loro, renace entre mi pecho la alegría, en mis brazos le tomo, y digo recordando aquella escena ¡Yo también soy dichoso!

San José, C. R.—Enero de 1890.

N. CARO.

UNA IMPRESION.

(PARA "COSTA RICA ILUSTRADA".)

Endría yo diez y siete años cuando cayó en mis manos el libro "La Dama de las Camelias". Ví que su autor era Dumas, nombre que sublevaba mis temores religiosos pues se me había dicho que la Iglesia prohibía la lectura de sus obras; pero que tentaba fuertemente mi curiosidad por el atractivo de lo prohibido.

El recuerdo de los consejos de mis maestros, siempre cuidadosos de apartar de la vista de los niños las lecturas de este género, me impulsaba á dejar el libro. Mi curiosidad, furiosamente excitada, lo retenía entre mis manos. Dudé, por cinco minutos, trabé lucha con la tentación y fuí vencido.

Efectivamente el libro era malo, malísimo.— Tal revolución produjo en todo mi sér, que durante varios días estuve semiloco. Yo no podía tomar de aquella obra más que el encantador veneno de su sentimental historia: yo no podía ver en ella más que la idealización de un amor mundano: la conversión del barro en estatua de oro.

Todavía me da risa y algo de rubor también cuando recuerdo que por la excitación terrible en que cayó mi alma y agitado el fuego juvenil de que mi vida de Colegio me había provisto, me dí á buscar allá en San José una nueva Margarita. Mis ojos no vieron más en nuestras *muchachas galantes* que las hijas del amor, capaces de redimirse por el amor. Borré de mi memoria los duros nombres con que se las señala y las llamé desgraciadas. Todas ellas en mi concepto, debían tener un diario de su vida y morir tísicas.

Y encontré mi Margarita. Mi infeliz virtuosa, la pobre mártir de un destino fatal, la que debía sacrificarse y morir de amor cuando mi padre me arrancara de sus brazos, había sido siete veces madre..... Sin embargo, yo salí avante con mi romántica pasión y á pesar de las siete cabecitas rubias, pude hacer poesía. ¡Lo que valen diez y siete años!

Cómo concluyó mi historia es cosa de poco interés. El idilio se truncó á lo mejor: yo volví á

POST UMBRA.

Con letras ya borradas por los años,

En un papel que el tiempo ha carcomido,
Símbolo de pasados desengaños.
Guardo una carta que selló el olvido.

La escribió una mujer joven y bella
¿Descubriré su nombre? ¡no! ¡no quiero!
Pues siempre he sido, por mi buena estrella,
Para todas las damas caballero.

¿Qué, ser alguna vez no esperó en vano
Algo que, si se frustra, mortifica?
Misterios que al papel lleva la mano,
El tiempo los descubre y los publica.

Aquellos que juzgáronme felice
En amores, que halagan mi amor propio,
Aprendan de memoria lo que dice
La triste carta que á la letra copio:

“Dicen que las mujeres sólo lloran
Cuando quieren fingir hondos pesares;
Los que tan falsa máxima atesoran,
Muy torpes deben ser ó muy vulgares.

Si cayera mi llanto hasta las hojas
Donde temblando está la mano mía,
Para poder decirte mis congojas,
Con lágrimas mi carta escribiría.

Mas si el llanto es tan claro que no pinta,
Y hay que usar de otra tinta más oscura,
La negra escogeré, porque es la tinta
Donde más se refleja mi amargura.

Aunque no soy para soñar esquivada,
Sé que para soñar nací despierta,
Me he sentido morir, y aun estoy viva;
Tengo ansias de vivir, y ya estoy muerta.

Me acosan del dolor fieros vestiglos
¿Qué amargas son las lágrimas primeras!
Pesan sobre mi vida veinte siglos,
Y apenas cumplo veinte primaveras.

En esta horrible lucha en que batallo,
Aun cuando, débil, tu consuelo imploro,
Quiero decir que lloro, y me lo callo,
Y más risueña estoy cuanto más lloro.

¿Por qué te conocí? Cuando temblando
De pasión, sólo entonces no mentada,
Me llegaste á decir “te estoy amando
Con un amor que es vida de mi vida,”

¿Qué te respondí yo? Bajé la frente;
Triste y convulsa, te estreché la mano,
Porque un amor que nace tan vehemente,
Es natural que muera muy temprano.

Tus versos, para mí conmovedores,
Los juzgué flores puras y divinas,
Olvidando, insensata, que las flores
Todo lo pierden menos las espinas.

Yo, que como mujer soy vanidosa,
Me ví feliz creyéndome adorada,
Sin ver que la ilusión es una rosa
Que vive solamente una alborada.

¿Cuántos de los crepúsculos que admiras
Pasamos entre dulces vaguedades,
Las verdades juzgándolas mentiras,
Las mentiras creyéndolas verdades!

Me hablabas de tu amor y, absorta y loca,
Me imaginaba estar dentro de un cielo,
Y al contemplar mis ojos y mi boca,
Tu misma sombra me causaba celo.

mi hogar por mis pasos: Margarita dos años más tarde murió al dar á luz su octava cábecita rubia.

Seis años después de haber leído el libro de Dumas y muchos otros libros que á la verdad han embotado un poco mi sentimentalismo; cuando, siguiendo la moda, tomo aires de excéptico, dudo de la existencia de Pablo y Virginia y las escenas patéticas de los libros y de los teatros me producen risa; he vuelto á sentir como al día siguiente de dejar el Colegio. Las fibras de mi alma adquirieron su tensión máxima, sentí un nudo en la garganta, como se usaba antes, me sudaron las manos, lloré interiormente y en toda la noche no pude dormir: había visto la Dama de las Camelias, bella como una ilusión, rubia como toda mujer bonita, envuelta en riquísimo traje, como quiere la poesía: la ví sorreír, la oí hablar, escuché el murmullo de sus suspiros: la seguí al campo donde con su dichoso y enamorado Armando, tejía con flores y besos la cadena de amor. Después oí que la insultaban, que la rogaban, que le imponían el horrible sacrificio de abandonar su primero y único amor. Sobre sus blancas facciones ví dibujarse la lucha moral y triunfar la abnegación.— Después, asistí á su agonía, pude oír sus palabras de infinita dulzura, sus últimas palabras... la ví caer muerta.

Todo por diez francos en el teatro de Varietés.

Lo que pueden el talento y el arte! Dumas escribe una novela: se encariña con ella y la convierte en drama. Una mujer sale del Conservatorio, sube á la escena, se mide el traje de Margarita Gautier y como hecho á su medida, no hay en ese traje un sólo pliegue que no sea artístico, no hay un sólo corte que no se ajuste al torso tan bien como si la histórica heroína se hubiera levantado de su tumba para representar en las tablas lo que en el mundo fué su vida.

Muchos costarricenses han tenido oportunidad de ver á la actriz cuyo nombre ha dado la vuelta al mundo. Muchos, como yo, habrán comprendido que antes de ver y oír esta mujer se ignora lo que es el teatro. Yo por mí sé decir que nunca, nunca pensé que pudiera haber tanta verdad en la ejecución de un papel aprendido de memoria: jamás me imaginé que se pudiera palidecer y llorar, que los sollozos hincharan las venas de la garganta á voluntad, que se pudiera agonizar de veras, haciendo una farsa.

Cuesta creer que la actriz no esté en la realidad. Parece imposible, al observarla en detalle, concebir que aquellas frases ardientes, los gritos que salen del fondo del alma, las lágrimas que humedecen su mejilla pálida y sus labios secos por la fiebre no sean producto de un sentimiento cierto sino sólo el cumplimiento de un contrato con un director de teatro.

La adorable Margarita que ví llorar y morir en el teatro de Varietés de París, viene llorando y muriendo todas las noches desde hace muchos años. Desde Londres hasta Buenos Aires, desde Washington hasta Egipto la artista de voz argentina cosecha gloria, labra su inmortalidad y gana ríos de oro. Su talento no se gasta con la edad: el arte tiene su encarnación real en una mujer casi vieja.

¿Qué desgracia para el teatro que no haya en el mundo más que una Sarah Bernhardt!

Berlín, 22 de Junio de 1889.

LEONIDAS PACHECO.

Al verme embelesada al escucharte,
Clamaste aprovechando mi embeleso,
“Déjame arrodillar para adorarte,”
Al verte de rodillas te dí un beso.

Te besé con arrojo, no se asombre
Un alma escrupulosa ó timorata;
La insensatez no es culpa. Besé á un hombre.
Porque toda pasión es insensata.

Debo aquí confesar que un beso ardiente,
Aunque robe la dicha y el sosiego,
Es el placer más grande que se siente
Cuando se tiene un corazón de fuego.

Cuando toqué tus labios, fué preciso
Soñar que aquel placer se hiciera eterno.
Mujeres: es el beso un paraíso
Por donde entramos muchas al infierno.

Después de aquella vez, en otras muchas,
Apasionado tú, yo enternecida,
Quedaste vencedor en esas luchas
Tan dulces en la aurora de la vida.

¿Cuántas promesas, cuántos devaneos!
El grande amor con el desdén se paga;
Toda llama que avivan los deseos,
Pronto encuentra la nieve que la apaga.

Te quisiera culpar y no me atrevo.
Es, después de gozar, justo el hastío;
Yo, que soy un cadáver que me muevo,
Del amor de mi madre desconfío.

Me engañaste y no te hago ni un reproche.
Era tu voluntad y fué mi anhelo.
Reza, dice mi madre, en cada noche;
Y tengo miedo de invocar al cielo.

Pronto voy á morir; ésa es mi suerte.
¿Quién se opone á las leyes del destino?
Aunque es camino oscuro el de la muerte,
¿Quién no llega á cruzar ese camino?

En él te encontraré; todo derrumba
El tiempo, y tú caerás bajo su peso;
Tengo que devolvarte en ultratumba
Todo el mal que me diste con un beso.

Mostrar á Dios podremos nuestra historia
En aquella región quizá sombría.
¿Mañana he de vivir en tu memoria...!
Adiós... adiós... hasta el terrible día.”

Leí estas líneas, y en eterna ausencia
Esa cita fatal viví esperando...
Y, sintiendo la noche en mi conciencia,
Guardé la carta y me quedé llorando.

JUAN DE DIOS PEZA.

FIESTA DE LA CARIDAD.

SABEMOS que bien tajadas plumas, no de rústico gañso como la con que nosotros garabateamos cuartillas de papel, sino de legitimo é irizado tuca de oro, se ocuparán de narrar la preciosa velada que en la noche del 13 del corriente se verificó en la muy noble ciudad de Cartago, preparada por las damas de la Sociedad Vicenpaulina en beneficio de los pobres.

Pero si esta consideración debiera abstenernos de acometer nuestra crónica, palabra que tenemos empeñada, nos impulsa en

contrario sentido. Pero si carecemos de suficiencia, nos sobra voluntad. Valdrá esta por aquella?

El salón del Mercado, donde fué colocado el pequeño proscenio quedó pleno con la concurrencia numerosa y escogida. No solo lucieron sus atractivos las sentimentales hijas de Cartago, que también notable grupo de espirituales josefinas contribuyeron á dar realce y encanto á aquel cuadro de una sociedad reunida en familia para rendir culto al arte,—fortalecer los vínculos fraternales, y llenar el alma de inefables y purísimos gozes, derivando de este todo eminentemente filantrópico y social el pan de la Caridad—que tantas hambres mata y tantos infortunios consuela.

La honorable familia del señor Presidente de la República y dos de los señores Ministros solemnizaron igualmente aquel acto.

Después de la introducción de la Orquesta, cantó don Juan Francisco Bonilla, con aquella su voz llena, de barítono, la agradable aria "Infelice," de Hernani, acompañado en el piano por las diestras manos de profesor del distinguido joven don Eduardo Peralta. Fueron acariciados por el público con merecidos aplausos.

Vino después el cuadro plástico "Las Estaciones y "El Jardín de las Estatuas."

Charito Ferraz, representaba la primavera, la señorita Flores, con típico y adecuado traje, el Estío; la señorita María Teresa Oreamuno, el Otoño; y el invierno, don Manuel V. Blanco. Circundaban las estaciones, como adornos esculturales, las señoritas Clementina Gutiérrez, Talía Carazo, Tule Parreño, N. Ortíz, Cecilia Figueroa, Merceditas Ortíz y otras.

Las posturas y actitudes eran de lo más artístico.

Veo que nos han hecho mentir. Perdón, caro lector; dijimos mal: allí no había tal Otoño ni tal Estío: aquella maceta de divinas flores no representaba, no podía representar sino la Primavera.

La señora doña Mercedes Espinach y la señorita doña Laura Peralta, ejecutaron con su habilidad acostumbrada, á cuatro manos, en el piano, "La Traviata," que fué muy aplaudida.

En seguida fué obsequiado el público con la poética serenata de "Los Ángeles," por el Maestro Braga, arreglada para canto, piano y violín. La parte de canto la desempeñó hábilmente la señorita doña Rosa Espinach, con firme y castigada voz; en el piano, con no menor ejecución, su hermana señorita Mercedes; y en el violín con toda la expresión deseable don Pablo Torres, habiendo sido muy aplaudidos.

"Las palomas mensajeras" es una composición de mucho mérito, y fué ejecutada en el piano, á cuatro manos, por las dos señoritas Ferraz. Los nutridos aplausos que

se les prodigaron denotan que el público inteligente supo apreciar la limpieza y ejecución de aquellas dos artistas en ciernes.

El cuadro de "Santa Cecilia," embargó luego nuestras facultades con su maravilloso efecto. La ilusión fué completa por la rigurosa exactitud del traje romano de la época, por el delicado y correcto perfil del rostro de la vírgen mártir, y por la profundidad de aquella mirada de beatíficos destellos, que más de una vez hemos visto en los cuadros maestros del arte, y la expresión de aquellos ojos que al mirar hacia los cielos como invocando la inspiración para sus piadosos himnos, parece querer traspasarlos con sus lúcidos destellos: todo, todo eso hallamos en el semblante de la señorita Catarina Oreamuno, durante aquel arrobador éxtasis sólo hallado en los tipos de las mujeres del evangelio.

Después de este cuadro que tanto arrebató al público, la señorita Laura Peralta interpretando magistralmente la inspiración del autor, señor Pujol, tocó en el piano la caprichosa mazurca titulada "Rosas y Perlas," llena de pasajes bellísimos en que suponíamos que estábamos aspirando las unas y ensartando las otras. Fué muy aplaudida.

Tocole el turno de lucir su sonora voz de bajo á uno de esos modestos artistas que bajo el cielo del viejo Mundo harían fortuna con el don de su voz debidamente educada, y que en América por fuerza tienen de conformarse con el estímulo de pasajeros elogios, sólo por amor al Arte.

Nos referimos á don Evaristo Quesada quien cantó con maestría, justamente aplaudida, el ária de Atila, denominada "Mentre Gonfiar."

Después de un intermedio de 15 minutos, apareció en el proscenio la niña Arabela Montejo, la cual con toda la entonación, la música y el acento de una actriz consumada y poseída de sentimiento, recitó la última ternísima composición poética que antes de marchar al patíbulo, compusiera el inmortal vate cubano Plácido; desgarradora plegaria cuya sola lectura conmueve el más empedernido corazón, permitiéndole rendir el tributo de una lágrima diamantina.

"La Muerte de Margarita" fué el cuadro que vino en seguida. Bello pasaje, á fe nuestra, lleno de magníficos efectos de luz, con que la inteligente intervención de los señores Manuel V. Blanco y Federico Peralta supo realzar é iluminar la magia escénica del cuadro. La señorita Guier, en primer término representaba, mejor dicho, era un ángel que iba regando flores; ni de flores del jardín necesitaba ella, cuyas sonrisas y miradas son flores que de su boca y de sus ojos se desgranaban. Otros ángeles se columpiaban al fondo entre aureas nubes, cuyos nombres no pudimos obtener. La se-

ñorita Mercedes Muñoz, representó á *lo vivo* á la muerta Margarita.

La señorita Mariana Sáenz deleitó acto continuo nuestro oído con un bellísimo wals hábilmente ejecutado en el piano.

Volvimos á tener el gusto de oír, y de aplaudir á don Juan Francisco Bonilla, quien cantó con su siempre simpático timbre de voz, el ária dramática "La lluvia ha cesado," de la zarzuela "La Tempestad;" música tan popular por la armonía imitativa que la caracteriza.

Quien no haya visto el cuadro plástico representativo de "El Templo de Flora," no puede formarse idea cabal de aquel sitio encantador, donde Cloris, diosa de los jardines y esposa de Céforo recibía el culto de Tacio, rey de los Sabinos de Cures, después de la traición de Tarpeya, que dió entrada á este tirano en la capital de los Césares. El más refinado gusto artístico presidió la organización de aquel cuadro que nos trasportó con su fantasía á sitios donde sólo alcanzan los sueños de un orientalista. ¿Quién era ella? ¿quién era Cloris? ¿quién era aquella beldad, á la cual no pudimos reconocer? Simplemente una de las divinidades que hicieron el lujo de la fiesta y que en aquel cuadro rodeaban el trono de la augusta diosa.

Era preciso, después de habernos elevado á la contemplación del Templo de Flora, no tornar á la tierra por un descenso demasiado rápido.

El wals "Las Violetas," música del nunca bien ponderado maestro Campabadal, fué la escala por la cual descendimos sin sacrificio, en alas de la música de amor arrulladora. Las señoritas Mercedes y Teresa Ortíz, sostuvieron esa escala, al ejecutar en el piano aquella dulce melodía cuatro adiestradas manos cuyos dedos semejabán, en sus rápidos movimientos sobre el teclado, juegos de eléctricas mariposas.

A acabar de despertar nuestro grato sueño, vino entonces la robusta voz del señor Quesada (don Evaristo), cantando con su arte habitual y firme tono, acompañado del señor Campabadal, en el piano, una romanza del inspirado Donizetti, que aplaudimos con entusiasmo.

La orquesta llenó luego los ámbitos de aquel templo del arte, preparando plácida-mente el ánimo para contemplar el cuadro de *La Sultana*.

Decir que la señorita Tule Parreño desempeñó el papel de reina del Oriente es decir, para quien tenga el gusto de conocerla, que allí no podía haber uno solo que no deseara ser esclavo. Libre Dios la humanidad de sultanas de tal porte, porque el hombre, el Rey de la Tierra, abdicando su poder y albedrío haría imperar la esclavitud por toda la redondez del globo. Las señoritas Clementina Gutiérrez, Charito Ferraz, Mercedes y Joaquina Ortiz, Talía Ca-

razo, Cecilia Figueroa y María Teresa Oreamuno, con lujosos trajes de estilo oriental, circundaban á la manera de astros tributarios á la orgullosa Sierva de Mahoma. Aunque dignas cada una de ellas de una corona, figuraban allí como esclavas, viniendo á convertir á cuantos amartelados cupidos pululaban en el recinto, "llagados de las telas del corazón," en satélites de 2º orden, ó sea en esclavos de esclavas, y ¡estaban muy ufanos!

Nuevos y sentidos acordes de la orquesta, precedieron el cuadro final representativo de las cinco repúblicas de Centro América, agrupadas al pie de la Diosa Libertad iluminando el mundo.

Al elevarse el telón, el entusiasmo patriótico estalló ruidosamente. El simbolismo no podía ser mejor combinado.

A Guatemala la representaba la señorita Mercedes Muñoz; al Salvador, la señorita Talía Carazo; á Nicaragua, la señorita Rosalía Flores; á Costa Rica, la señorita Rosarito Ferraz, y la señorita Teresa Oreamuno, á la Diosa Libertad.

La ley de selección quedó cumplida: la *creme de la creme* de la belleza de Cartago servía de emblema á una federación de hermanos Estados. Si os hubieran puesto á escoger ¡oh lector! habríais titubeado; pero nosotros, deseando conocer cuál se llevaba la palma en aquel certamen de la gracia y la hermosura, dirigimos la visual hacia donde la mayoría de las miradas se asentaban, y hubimos de reconocer á la Sultana de los lagos, la gentil Nicaragua, tipo acabado de lo que enamora y subyuga, de la pureza de las líneas y la perfección de un conjunto que resiste el análisis de los detalles. Tal es la señorita Flores.

Cuanto á la estatua de la Libertad, no era tanto lo que alumbraba con el reverbero que en su diestra alzaba, como con las miradas con que bañaba al auditorio. En sus pupilas estaba el luminoso foco.

Pocas veces hemos sido conspiradores, y no sería la Federación de Centro América á la que haríamos víctima de nuestra rebeldía; mas, joven, soltero y libre, habríamos disparado nuestras flechas contra estas cinco nacionalidades emblemáticas y su diosa Libertad, hasta rendir una siquiera en la contienda.

"La Desposada," mazurka deliciosa del maestro Campabadal, con que la ameritada Sociedad "Euterpe" cerró el programa de la velada, es una verdadera inspiración de artista. En su feliz introducción, el violín de Torres con su precioso canto enterneció los corazones, que es cuanto en su elogio se puede añadir.

La estimable señora doña Lucía Ortíz, inventora, organizadora y hábil directora de este caritativo y culto festival debe estar ufana del resultado. A ella somos deudores de estas horas de felicidad que constituyeron á un tiempo pan para nuestro espíritu

y el pan material para los que gimen en la miseria.

Y puesto que los señores don Clodomiro Ortíz, don Manuel V. Blanco, don Juan Antonio Castro, don Atanacio Gutiérrez y el Ingeniero Mr. Möller, contribuyeron tan eficazmente á la dichosa realización del pensamiento, merecen también nuestros parabienes y agradecimientos.

No concluyó aquí la velada memorable.

Los amantes de Terpsícore se hicieron dueños del campo y confundidas en un sólo deseo las estaciones, la ya resucitada Margarita, la Diosa de las Flores, la sultana y sus esclavas, las repúblicas confederadas y hasta Cecilia, la virgen romana, con su celeste corte, dejáronse seducir por los enamorados sátiros de capul, y sacrificaron en aras de la divinidad de la danza aquellas fugaces horas en que el corazón del hombre late al contacto del corazón de la mujer.

F. SERRANO.

Tonadillas.

II.

¡COMO NO!

DICEN, señor don Crispín, que es usted un paladín de la Iglesia y de la fe, y que sin saber por qué levanta usted un motín al que con usted no opina? . . .

Qué se yo,
¿será que esa es rica mina?
¡cómo no!

Y hay quien diga que adulando va don Crispín prosperando, aunque sus . . . sustos le cueste . . .

Conozco á muchos como éste, que han engordado chupando á guisa de sanguijuelas;

pero yo
¿sé acaso sus triquiñuelas?
¡cómo no!

Como globo de papel se va inflando Pimentel, abogado conocido . . .

¡oh! y tiene mucho partido con el pueblo, según él: tanto que hasta presidente se soñó

que le aclamaba la gente . . .
¡cómo no!

Es un famoso orador según él mismo, el Doctor; mucho admiran su elocuencia y más que todo su ciencia

los que han tenido el honor de oírlo en solemnes casos;

se lució desde sus primeros pasos . . .
¡cómo no!

Grandes figuras ostenta en estos días la Imprenta, hasta hoy desconocidas; nuevo Plutarco sus "vidas" hay quien escribir intenta muestra de grandes varones.

Serán ¡oh!
asombro de las naciones . . .
¡cómo no!

Gran campaña se prepara en la asamblea preclara en la temporada actual . . .
Creo que no le harán mal viendo que la cosa es cara en rebajarse la dieta . . .

lo que es yo
veo que la cosa aprieta . . .
¡cómo no!

¡Patriotismo! ¡esá es la idea! ¿y hay quien patriota no sea cuando la patria peligra? . . .

Su torpe nombre denigra quien en deber no se crea de servir cualquier destino;
se acabó

el egoísmo mezquino . . .
¡cómo no!

Y verán como en un mes, en dos, ó talvez en tres, ó el doble, si no es bastante, queda la Hacienda boyante á fuer de desinterés . . .

A realizar mi plan

creo yo
que todos me ayudarán . . .
¡cómo no!

Don Crispín y Pimentel y el Doctor y todo aquél que es gravoso á la nación, vendrán en esta ocasión á levantarse al nivel

que el patriotismo reclama;
pues valió siempre más que oro la fama . . .
¡cómo no!

No habrá inútiles empleos, ni habrá giras ni paseos que cuesten plata al Erario; no más que lo necesario gastarán los corifeos, mientras peligre la Hacienda . . .

Bien se yo
que habrá alguno que me entienda . . .
¡cómo no!

18 de Agosto de 1882.

F.

La muerte de la Emperatriz de la China.

Delicada y fina como una joya humana, vivía aquella muchachita de carne rosada, en la pequeña casa que tenía un saloncito con los tapices de color azul desfalleciente. Era su estuche.

¿Quién era el dueño de aquel delicioso pájaro alegre, de ojos negros y boca roja? Para quién

cantaba su canción divina, cuando la señorita Primavera mostraba en el triunfo del sol su bello rostro riente, y abría las flores del campo, y alborotaba la nidada? Susette se llamaba la ávecita que había puesto en jaula de seda, peluches y encajes, un soñador astista cazador, que la había cazado una mañana de Mayo en que había mucha luz en el aire y muchas rosas abiertas.

Recaredo—¡capricho paternal. Él no tenía la culpa de llamarse Recaredo!—se había casado hacia año y medio. ¿Me amas? Te amo. Y tú? Con todo el alma. Hermoso el día dorado, después de lo del cura! Habían ido luego al campo nuevo, á gozar libres, del gozo del amor. Murmuraban allá en sus ventanas de hojas verdes, las *vampauillas* y las *vióletas silvestres que vían cerca* del riachuelo, cuando pasaban los dos amantes, el brazo de él en la cintura de élla, el brazo de élla en la cintura de él, los rojos labios en flor dejando escapar los besos. Después, fué la vuelta á la gran ciudad, al nido lleno de perfume de juventud y de calor dichoso.

Dije ya que Recaredo era escultor? Pues, si no lo he dicho, sabedlo.

Era escultor. En la pequeña casa tenía su taller, con profusión de mármoles, yesos, broncees y terracotas. A veces, los que pasaban oían á través de las rejas y persianas una voz que cantaba y un martilleo vibrante y metálico. Susette, Recaredo; la boca que emergía el cántico, y el golpe del cincel.

Luego el incesante idilio nupcial. En puntillas, en puntillas, llegar donde él trabajaba, é inundándole de cabellos la nuca, besarle rápidamente. Quieto, quietecito, llegar donde ella duerme en su chaise-longue, los piecitos calzados y con medias negras, uno sobre otro, el libro abierto sobre el regazo, medio dormida; y allí el beso es en los labios, gazo, medio dormida; y hace que se abran los ojos, inefablemente luminosos. Y á todo esto, las carcajadas del mirlo, un mirlo enjaulado que cuando Susette toca de Chopín, se pone triste y no canta. ¡Las carcajas del mirlo! No era poca cosa.—Me quieres? No lo sabes? Me amas? Te adoro! Ya estaba el animalucho echando toda la risa del pico. Se le sacaba de la jaula, revolaba por el saloncito azulado, se detenía en la cabeza de un Apolo de yeso, ó en la frámea de un viejo germano de bronce oscuro. Tiiiiirit.....rrrrrrteh fiii.... Vaya que á veces era malerado é insolente en su algarabía! Perc era lindo sobre la mano de Susette que le mimaba, le apretaba el pico entre sus dientes hasta hacerlo desesperar, y le decía á veces con una voz severa que temblaba de ternura: Señor Mirlo, es usted un picarón!

Cuando los dos amados estaban juntos, se arreglaban uno á otro el cabello. "Canta" decía él Y ella cantaba, lentamente, lentamente; y aunque no eran sino pobres muchachos enamorados, se veían hermosos, gloriosos y reales; él la miraba como á una Elsa y ella le miraba como á un Lohen格林. Porque el Amor, oh jóvenes llenos de sangre y de sueños, pone un azul cristal ante los ojos y da las infinitas alegrías.

Cómo se amaban! Él la contemplaba sobre las estrellas de Dios; su amor recorría toda la escala de la pasión, y era ya contenido, ya tempestuoso en su querer, á veces casi místico. En ocasiones dijérase aquel artista un theósofo, que veía en la amada mujer algo supremo y extrahumano como la Ayesha de Rider Hagar; la aspiraba como una flor, le sonreía como á un astro, y se sentía soberbiamente vencedor al estrechar contra su pecho aquella adorable cabeza, que cuando estaba pensativa y quieta, era comparable al perfil hierático de la medalla de una emperatriz bizantina.

Recaredo amaba su arte. Tenía la pasión de la forma; hacía brotar del mármol gallardas diosas

desnudas, de ojos blancos, serenos y sin pupilas; su taller estaba poblado por un pueblo de estatuas silenciosas, animales de metal, gárgolas terroríficas, grifos de largas colas vegetales, creaciones góticas quizás inspiradas por el ocultismo. Y sobre todo, ¡la gran afición! japonerías y chinerías. Recaredo era en esto un original. No sé qué habría dado por hablar chino ó japonés. Conocía los mejores álbumes; había leído buenos exotistas, adoraba á Loti y á Judith Gautier, y hacía sacrificios por adquirir trabajos legítimos, de Yokoama, de Nagasaki, de Kioto, ó de Nankin ó Pekín; los cuchillos, las pipas, las máscaras feas y misteriosas como las caras de los sueños hipnóticos, los mandarinitos enanos con pansas de cucurbitáceos y ojos circunflejos, los *monstruos de grandes bocas de batracios*, abiertas y dentadas, y diminutos soldados de Tartaria, con faces foscas.

—Oh, le decía Susette: aborrezco tu casa de brujo, ese terrible taller, arca extraña que te roba á mis caricias. Él sonreía, dejaba su lugar de labor, su templo de raras chucherías, y corría al pequeño salón azul, á ver y mimar su gracioso dije vivo, y oír cantar y reír al loco mirlo jovial.

Aquella mañana, cuando entró, vió que estaba su dulce Susette, soñolienta y tendida, cerca de un tazón de rosas que sostenía un trípode. E a la Bella del bosque durmiente? Medio dormida, el delicado cuerpo modelado bajo una bata blanca, la cabellera castaña apelonada sobre uno de los hombros, toda ella exhalando su suave olor femenino, era como una deliciosa figura de los amables cuentos que empiezan: este era un rey.....

La despertó:

—Susette, mi bella!

Traía la cara alegre; le brillaban los ojos n gros bajo su fez rojo de labor; llevaba una carta en la mano.

—Carta de Robert, Susette. El bribonazo está en la China! Hong Kong, 18 de Enero.....

Susette, un tanto amodorrada se había sentado y le había quitado el papel. Con que aquel andariago había llegado tan lejos! Hong Kong, 18 de Enero.....Era gracioso. Un excelente muchacho el tal Robert! con la manía de viajar, llegaría al fin del mundo. Robert, un grande amigo.—Le veían como de la familia. Había partido hacia dos años para San Francisco de California.—Habrás visto loco igual!

Comenzó á leer.

Hon Kong, 18 de Enero de 1888.
Mi buen Recaredo.

Vine, y ví. No he vencido aún.

En San Francisco supe vuestro matrimonio y me alegré. Dí un salto y caí en la China. He venido como agente de una casa californiana, importadora de sedas, lacas, marfiles y demás chinerías. Junto con esta carta debes recibir un regalo mío que, dada tu afición por las cosas de este país amarillo, te llegará de perlas. Ponme á los piés de tu Susette, y conserva el obsequio en memoria de tu

ROBERT.

Ni más ni menos. Ambos soltaran la carcajada. El mirlo á su vez hizo estallar la jaula en una explosión de gritos musicales.

La caja había llegado, una caja de regular tamaño, llena de marchamos, de números y letras negras que decían y daban á entender que el contenido era muy frágil. Cuando la caja se abrió, apareció el misterio. Era un fino busto de porcelana, un admirable busto de mujer sonriente, pálido y encantador. En la base tenía tres inscripciones, una en caracteres chinoscos, otra en inglés y otro en francés. *La Emperatriz de la China.*—La Emperatriz de la China! Qué manos de artista asiático habían modelado aquellas formas atrayentes de misterio? Era una cabellera recogida y

apretada, una faz enigmática, ojos bajos y extraños, de princesa celeste, sonrisa de esfinge, cuello erguido sobre los hombros columbinos, cubiertos por una onda de seda bordada de dragones; todo dando magia á la porcelana blanca, con tonos de cera, inmaculada y cándida. La emperatriz de la China! Susette pasaba sus dedos de rosa sobre los ojos de aquella graciosa soberana, un tanto inclinados, con sus curvos epicantus bajo los puros y nobles arcos de las cejas. Estaba contenta. Y Recaredo sentía orgullo de poseer su porcelana.—Le haría un gabinete especial, para que viviese y reinase sola, como en el Louvre la Venus de Milo, triunfadora, cobijada imperialmente por el plafond de su cuarto azul.

Así lo hizo. En un extremo del taller, formó un gabinete minúsculo, con biombos cubiertos de ardores y de grullas. Predominaba la nota amarilla. Toda la gama, oro, fuego, ocre de oriente, hoja de otoño, hasta el pálido que agoniza fundido en la blancura. En el centro, sobre un pedestal dorado y negro, se alzaba sonriendo la exótica imperial. Al rededor de ella había colocado Recaredo todas sus japonerías y curiosidades chinas. La cubría un gran quitasol nippon, pintado de camelias y de anchas rosas sangrientas. Era cosa de risa, cuando el artista soñador después de dejar la pipa y los cinceles, llegaba frente á la emperatriz, con las manos cruzadas sobre el pecho, á hacer zalemas. Una, dos, diez, veinte veces la visitaba.—Era una pasión. En un plato de laca yokoamesa le ponía flores frescas, todos los días. Tenía en momentos, verdaderos arrobos delante del busto asiático que le conmovía en su deleitable é inmóvil magestad. Estudiaba sus menores detalles, el caracol de la oreja, el arco del labio, la nariz pulida, el epicantus del párpado. Un ídolo, la famosa emperatriz! Susette le llamaba de lejos:—Recaredo! Voy!—Y seguía en la contemplación de su obra de arte. Hasta que Susette llegaba á llevarse á rastro y á besos.

Un día, las flores del plato de laca desaparecieron como por encanto.

—Quién ha quitado las flores?—gritó el artista desde el taller.

—Yo,—dijo una voz vibradora.

Era Susette que entreabría una cortina, toda sonrosada y haciendo relampaguear sus ojos negros.

Allá, en lo hondo de su cerebro, se decía el señor Recaredo, artista escultor: Qué tendrá mi mujercita? No comía casi. Aquellos buenos libros desflorados por su espátula de marfil, estaban en el pequeño estante negro, con sus hojas cerradas, sufriendo la nostalgia de las blandas manos de rosa, y del tibio regazo perfumado. El señor Recaredo la veía triste. Qué tendrá mi mujercita? En la mesa no quería comer. Estaba seria; qué sería! Le miraba á veces con el rabo del ojo, y el marido veía aquellas pupilas oscuras, húmedas como que querían llorar. Y ella al responder, hablaba como los niños á quienes se ha negado un dulce. Qué tendrá mi mujercita? Nada! Aquel "nada", lo decía ella con voz de queja, y entre sílabas y sílabas había lágrimas.

Oh, señor Recaredo!, lo que tiene vuestra mujercita es que sois un hombre abominable. No habéis notado que desde que esa buena de la emperatriz de la China ha llegado á vuestra casa, el saloncito azul se ha entristecido, y el mirlo no canta ni ríe con su risa perlada? Susette despierta á Chopín, y lentamente hace brotar la melodía enferma y melancólica del negro piano sonoro. Tiene celos, señor Recaredo! Tiene el mal de los celos, ahogador y quemante, como una serpiente encendida que aprieta el alma. Celos! Quizás él lo comprendió, porque una tarde, dijo á la muchachita de su corazón, estas palabras, frente á frente, á través del humo de una tasa de café: Eres demasiado injusta. Acaso no te amo con toda mi alma;

acaso no sabes leer en mis ojos lo que hay dentro de mi corazón?

Susette rompió á llorar. Que la amaba! No, ya no la amaba. Habían huído las buenas y radiantes horas, y los besos que chasqueaban también eran idos, como pájaros en fuga. Ya no la quería. Y á ella, á la que en él veía su religión, su delicia, su ensueño, su rey, á ella, á su Susette la había dejado por la otra.

La otra! Recaredo dió un salto. Estaba engañada. Lo diría por la rubia Eulogia, á quien en un tiempo había dirigido madrigales?

Ella movía la cabeza:—No.

Por la ricachona Gabriela, de largos cabellos negros, blanca como un alabastro y cuyo busto había hecho? O por aquella Luisa, la danzarina, que tenía una cintura de abispa, un seno de buena nodriza y unos ojos incendiarios? O por la viudita Andrea, que al reír sacaba la punta de la lengua, roja y felina, entre sus dientes brillantes y amarfilados?

No, no era ninguna de esas. Recaredo se quedó con gran asombro.—Mira, chiquilla, dime la verdad. Quién es ella? Sabes cuanto te adoro. Mi Elsa, mi Julieta, alma, luz, amor mío.....

Temblaba tanta verdad de amor en aquellas palabras entrecortadas y trémulas, que Susette, con los ojos enrojecidos, secos ya de las lágrimas, se levantó, irguiendo su linda cabeza heráldica.

—Me amas?

—Bien lo sabes!

—Deja, pues, que me vengue de mi rival. Ella ó yo: escoge. Si es cierto que me adoras ¿querrás permitir que la aparte para siempre de tu camino, que quede yo sola, confiada en tu pasión?

—Sea, dijo Recaredo. Y viendo irse á su avecita celosa y terca, prosiguió sorbiendo el café, tan negro como la tinta.

No había tomado tres sorbos, cuando oyó un gran ruido de fracaso, en el recinto de su taller.

Fué. Qué miraron sus ojos? El busto había desaparecido del pedestal de negro y oro, y entre minúsculos mandarines caídos y descolgados abanicos, se veían por el suelo pedazos de porcelana que crugían bajo los pequeños zapatos de Susette, quien toda encendida y con el cabello suelto, aguardando los besos, decía entre carcajadas argentinas al maridito asustado: Estoy vengada! Ha muerto ya para tí la emperatriz de la China!

Y cuando comenzó la ardiente reconciliación de los labios, en el saloncito azul, todo lleno de regocijo el mirlo, en su jaula primorosa, se moría de risa.

RUBÉN DARÍO

¡Acuérdate de mí!

—o—

ACUÉRDATE de mí!—cuando yo muera,
Jamás olvides que te amé constante,
Y que ciego, amoroso y delirante,
Mi corazón, mi vida te ofrecí.

Que hasta el postrer instante en mi memoria
Tu imagen, y en mi pecho el amor mío,
Tan puros cual la gota de rocío,
Yo conservé:—¡acuérdate de mí!

Recuerda que llorando me juraste
Que al sepulcro tu amor me seguiría,
Y que nunca el momento llegaría
En que olvidado fuera yo de tí.

Y si acaso una lágrima derramas
Involuntaria, tibia y silenciosa,
No viertas las demás, mujer hermosa,
Sonríe... pero acuérdate de mí!

Cuando otro hombre te jure arrodillado
Un amor puro, cual el mío ardiente,

Y con primor coloque en tu alba frente
Guirnalda de jazmines y alhelí,

Te crearás la mujer más venturosa
Considerando estar correspondida;
Mas cuando goces de tan dulce vida,
Siendo feliz, olvídate de mí!

Mas cuando en medio de tan bellas horas
Te encuentres sola, triste, abandonada,
Con tanta dicha convertida en nada,
Y en nada el juramento baladí,

El desengaño oprimirá tu pecho,
Mojará tu mejilla sin tardanza,
Y llorando un amor sin esperanza,
En tu dolor te acordarás de mí.

Al reclinarse el sol en el ocaso,
Alzándose la sombra en el oriente,
En esa hora en que yo frecuentemente
Mil presas al Eterno dirigi,

Reconcentra tu espíritu en tí misma,
Eleva al cielo tus cansados ojos,
Y cuando le hables al señor, de hinojos,
Bella mujer, acuérdate de mí!

Y si acaso encontrases mis despojos
En sitio ignoto, oculto y solitario,
Insepultos y lejos del osario,
Regados todos por aquí y allí;

No quiero llantos ni plegarias quiero,
Sólo que sepas que constante mi alma
Demanda al cielo para tí la calma
Que con desvíos me quitaste á mí.

DOROTEO J. GUERRERO.

(Salvadoreño.)

RISAS Y LLANTO.

Escenas de la vida en Costa Rica.

(Continúa)

CAPÍTULO IV.

Doña Inés de Alvarez.

EN la calle de Chapuí en una de sus mejores casas, habita hace como dos años una pareja que remeda la dicha. Don Roque Alvarez y su esposa doña Inés Monte Blanco. El primero frisa en los cincuenta años, la segunda cuenta apenas veinte. Don Roque, grueso negociante, fresco aún de color, pero cuyos cabellos grises, cortados en forma de cepillo de ropa, le dan un aspecto duro y medio militar, mientras que doña Inésita es todo cuanto se puede ser de femenino, delicado y vaporoso. Casada con don Roque, sin amor, mas sin repugnancia, creyó beneficiar á su familia con ese cuasi sacrificio. Ella esperó amar ó al menos estimar y respetar al que dió su fe y su mano, porque nunca había sentido latir su corazón por varón alguno. Quizás habría llegado á ese punto, si la fatalidad no se hubiera atravesado para su desventura. Su marido no supo tampoco apreciar el tesoro que la suerte ponía en su poder. Rodeando de lujo y esplendor á su esposa, creyó decir la última palabra y depasar sus deberes mundanos. Talvez las circunstancias habrían dado razón á don Roque si un suceso insignificante no hubiera cambiado en infierno anticipado, el modo de ser frío y tranquilo que tenían ambos esposos.

Alvarez era poseedor de un hermoso caballo retinto que era objeto de la envidia de todos los hombres del *Sport* josefino. Julio Espinosa vino á casa de don Roque con objeto de ver y

comprar la hermosa bestia. Para probarla debió montarla y ensayar el paso y boca del animal. Cuando Espinosa estuvo firme en los estribos, el fogoso animal dió tales saltos que en uno de ellos cayó sobre el ginete. Todo esto frente á la casa del señor Alvarez y á presencia de doña Inés. Alzado sin conocimiento y con la apariencia de un cadáver, Julio fué conducido á un cuarto de la casa, donde el médico le dió los primeros auxilios. Aunque sin fractura de hueso, el accidente fué de bastante gravedad para imponerle algunos días de cama é inmovilidad. Durante ese tiempo doña Inés curaba al enfermo, y éste entre delirio y delirio pensó encontrarse en el Eliseo, al contemplar en la semi-oscuridad del cuarto, aquella suave y angelical figura, que le curaba con la delicadeza que sólo tiene la mujer. Cuando el médico manifestó temores de una gangrena, los habitantes de la casa dieron por muerto al pobre Julio. Nada tenía, pues, de raro ni de extraño que doña Inés sintiera un interés profundo por aquel sér que estaba en eminente peligro de dejar de existir, cuando todo le prometía vida y amor. La comparación entre su marido y aquel joven moribundo era de tal manera desfavorable al primero, que no era posible reprocharle un interés tan natural é inconsciente.

Esto pasaba algunos meses antes de la fiesta de que nos hemos ocupado. Si Delfina hubiera tenido más tiempo y algunos datos, habría notado esa noche la presencia de doña Inés en el baile y la profunda pasión que por ella sentía Julio Espinosa. No porque él la manifestara de un modo cualquiera, sino porque la presencia de Inés trasformaba de tal manera la fisonomía del joven, que con algún antecedente, un observador no podía equivocarse. Julio, no sólo respetaba el estado de Inés, por ser casada y llena de virtudes, sino que aun suponiéndola soltera y libre no era doña Inés de esa clase de mujeres que animan y facilitan las declaraciones amorosas.

La única persona que Rakosky atendió en el baile después de Delfina, fué la esposa de don Roque. Pero en su natural distracción y sin previos informes, se expresó con el señor Alvarez, sin conocerlo, de un modo desfavorable á su mismo interlocutor, diciendo que era una lástima que tan hermosa mujer fuera casada con un bestia como su marido. Don Roque pensó prudentemente que era mejor no darse por entendido con semejante coloso y se retiró poniendo gente de por medio. Por lo que hace á doña Inés, á pesar de su seriedad característica, no podía mirar á Rakosky sin que sus graciosos labios se contrajeran con sonrisa difícil de interpretar, pero que á la larga indicaba un si es no es de desprecio mezclado de curiosidad y extrañeza. Este modo de ver de doña Inés se modificó bastante cuando supo cierta historia que comenzaba á hacerse pública y en que nuestro Polaco hizo un papel excéntrico pero generoso y que contaremos al lector en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO V.

Miseria.

En la calle del Seminario que desemboca á la plazuela de la Soledad, unas cien varas antes de llegar á ese lugar, en una pobre casita de un piso, habita una familia numerosa que en otra época fué rica y llena de prestigio, pero que en la crisis mercantil de 1882 se arruinó completamente y tuvo que abandonar sus relaciones y costumbres de *confort* para aislarse y vivir en una pobreza que casi raya en miseria. Componíase esa familia del padre don Juan Escoto, cuatro niños de doce á veinte años y tres niñas. De su antigua opulencia sólo conserva-

ron una prenda más rara que el oro y los diamantes: una sirvienta modelo de fidelidad. Narcisa, que así se llamaba la humilde criada que siguió á sus amos en sus sufrimientos como los había acompañado en sus goces, Narcisa es la providencia de la familia. Ella busca costura para las niñas, trabajo para el joven Alberto que se ocupaba de copiar música, y algunas veces, ropa para lavar, que es el oficio preferente de la generosa criada. Los primeros años fueron vendiendo y rifando algunas alhajas, muebles y trajes, y con esto se ayudaban; más en los últimos tiempos, no bastaba el trabajo de todos para pasar ni aún pobremente. En esa situación el padre consiguió que le vendieran á plazos un terreno de seis manzanas, propio para café, con la condición de que le darían el título cuando acabara de pagarlo. A sembrar esas seis manzanas dedicó el jefe de la casa todo cuanto ganaba y algunas sumas prestadas. Tres años se logró tener limpio el terreno ya sembrado, pero para esto fué preciso que el mismo padre, los niños y aun Narcisa tomaran la pala y el rastrillo, pues la esperanza era grande si se lograba llegar á la segunda cosecha ó cuarto año. El último semestre fué preciso vender hasta los libros de la familia, pero el fruto estaba ya pendiente.

Los conocedores calculaban en ciento cincuenta fanegas la próxima cosecha, que era la segunda. El café á veinte pesos fanega; se trataba de tener la enorme suma de tres mil pesos y una renta media de cien al mes.

Entre los acreedores de la familia, un avaro que había prestado con intereses de dos por ciento al mes la última suma para el cultivo, se presentó cobrando capital é intereses cuando iba á comenzar la cogida de la gran cosecha. Esto no era grande mal pudiéndose vender parte del café para pagar al judío prestamista. El padre salió á buscar comprador, lo cual es muy fácil encontrar cuando la fruta está á la vista. Pero al llegar el comprador á examinarla, llegaba también un Juez ejecutor á embargar preventivamente la pequeña finca, con lo que se retiró éste y los demás postores. El depositario nombrado por la Justicia, continuó haciendo la cosecha por cuenta del acreedor ejecutante. La familia desesperada, se encerró en la habitación, las mujeres á llorar y los hombres á esconder su vergüenza y sufrimiento. Narcisa solamente, tomó las calles por su cuenta y fué á solicitar á todos los hoteles y casas donde lavaba ropa y tomaba costuras. Tres días pasó en ese cruel ejercicio, recibiendo negativas, unas groseras y duras, y las mejores, llenas de hipocresía y de mentiras. Cualquiera que conozca un poco á San José, sabe cuan inútiles son los pasos de una persona pobre para salir de un apuro de estos. Narcisa, colérica, á veces cerrando el puño, otras llorando bajo su rebozo, no perdía la esperanza. El cuarto día en la mañana ocurrió donde un costarricense rico que en otro tiempo había recibido grandes favores y pedido y aceptado servicios de importancia de la familia afligida. Se le contestó que no molestara más con sus instancias; que su patrón tenía la culpa porque se había metido á agricultor no teniendo ni aun con que mantenerse. Que las locuras de la familia tenían que parar en ese resultado & & y otras linduras por el estilo.

Narcisa, furiosa, salió sin despedirse y venía por la plaza de la Merced echando pestes contra los ingratos, cuando maquinalmente dirigió su vista al parqucito y frente al hotel Vigne. En el balcón leía sentado en una poltrona mecedora el señor Rakosky. Narcisa lo contempló un momento: recordó que la voz pública lo tenía por riquísimo; y sobre todo, pensó que no siendo de este país, podía probar fortuna con él y entró decididamente al hotel. La

muchacha había recibido del criado del polaco las camisas y pañuelos para lavarlos; así es que Puk la conocía. "Preséntame á tu amo," dijo al negro nuviano, y empujando á éste se presentó de plano á nuestro amigo Rakosky. Narcisa titubeó un momento; pero sacando fuerzas de la situación desesperada en que estaba, le suplicó la oyera unos instantes. La generosa sirvienta relató en pocas palabras la historia de la familia en desgracia. Cuando llegó al acto del embargo, el polaco dió de patadas en el piso y se puso rojo de ira. Al concluir Narcisa, Rakosky, retinto, nervioso, se levantó, entró á su cuarto y tomó un paquete de billetes de banco que puso en sus manos. "Mujer buena usted, le dijo, gente miserable aquí; yo no querer documento, yo dar á usted esto;" y sin más tomó el sombrero y salió á escape á la calle. Encontró un coche y lo tomó para alejarse de Narcisa. Esta salió casi loca de contento y sorpresa. Tres mil pesos había en el paquete. Inútil es decir que con esto no sólo se salvó la finca, sino que el señor Escoto cree poder pagar este mismo año á su generoso prestamista y quedar ya á salvo de la miseria.

(Continuará.)

ECOS DE LA MODA.

¿Qué se prepara en modas para la estación próxima?

—El cachemir, la bengalina, el velo y el paño bordado.

—¡Paño en esta época!

—Sí tal, señoras mías, paño de verano, fino como el cachemir y flexible como él.

—¿Y seguirán las faldas lisas durante el verano?

—Es indudable.

—¿Que sosería!

—No tal, su monotonía se cortará con entredoses bordados en sentido perpendicular, con guipures recortados y colocados sobre la tela en el mismo sentido y con encajes llamados blonda española, marcando las costuras de una falda de foulard verde, azul porcelana ó flor de agua.

—Eso será bonito en efecto.

—¿Y qué color es la flor de agua?

—Lila rosado.

—¿Será de moda ese color?

—Como el verde musgo, el verde lago, el lila, el gris ó beige el plomo y el azul porcelana.

Todo este chaparrón de preguntas hechas por varias señoras elegantes, caía sobre una modista distinguida, más en su persona, en las obras elegantes que llevan su nombre, hallábase yo á la sazón en su obrador en busca de noticias de última hora, y pude recoger todas las expuestas y otras más. La idea de rayar las faldas con encajes ó bordados, parecióme á todas felicísima invención, y para acabar de afirmarla en nuestro gusto, mostrónos la susodicha modista un vestido concluido para elevada persona, y que era de siciliana y azul zafiro, de forma princesa, cerrado por delante bajo entredós de encaje crudo bordado de colores, y otros dos que, partiendo del hombro, ocultaban las pinzas del delantero, bajando en delantal; otros dos en tirante caían por la espalda desde el hombro hasta el fin del vestido, disminuyendo todos su anchura en el talle, y una esclavina de la misma tela, fruncida en carnesú de terciopelo de

igual color; con cuello Médicis, completaba tan distinguido atavío.

Recogí estos preciosos datos, y me dirigí al departamento de sombreros recién llegados de París. Las capotas son verdaderas Toque con pequeñas bridas, un pretexto apenas visible para convertir en sombrero de señora el tocado de adolescente. En esta forma vi capotas de encaje de blanco y negro, con el biés alrededor de terciopelo verde, rosa antiguo violeta ó negro, con una agrupación de encaje en la parte superior y lasos ó adorno de asabache ó flores, todo pequeño, chato, sin la elevación que nos parecía encantadora los años anteriores: hoy la capota como la Toque, son un pequeño adorno sobre el peinado.

Los sombreros grandes son los redondos, tienen el ala de extraordinaria dimensión por delante y la copa muy maja, tanto, que desaparece bajo los adornos, produciendo el efecto de un plato muy grande colocado sobre la cabeza.— Los hay muy bellos en esta forma de tul coulisé (fruncido) con algunos encajes y rosas té, ó grupos de violetas, acacias, muguet ó cualquiera otra flor menuda, y de paja blanca, negra, lisa ó calada, adornados de encaje por delante y de flores con preferencia á plumas.

JOAQUINA BALMACEDA.—Madrid, 1890.

NOTAS.

Cumplimos con el deber de presentar nuestros más sinceros agradecimientos al Supremo Gobierno por la decidida protección que se ha servido prestar para la publicación de este periódico. Medidas como esa hablan muy alto en favor de quienes las dictan. Por un olvido involuntario no hicimos esta manifestación en nuestro número anterior.

Hoy 20 de Julio, es fecha memorable para la culta República de Colombia. Felicitamos de corazón á los colombianos aquí residentes.

Nos es grato saludar al señor don Manuel Aragón y su estimable señora, que acaban de llegar de Europa y Estados Unidos de Norte América.

AVISOS.

Vendo á precios sumamente bajos un surtido de objetos para barbería. Perfumería de primera clase. Sombreros de pita muy finos. Aprovechar la ocasión, señores barberos.

J. R. MATA.

El "Repertorio Salvadoreño", publicación mensual de ciencias y bellas letras, consta de 64 páginas. Se admiten suscripciones al ínfimo precio de \$ 1-50 al año.

Dirigirse á la administración de "Costa Rica Ilustrada."